

SOFRONIA,

TRAGEDIA EN UN ACTO

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Marzo de 1843.

PERSONAS.

ACTORES.

SOFRONIA. *Doña Bárbara Lamadrid.*
EL EMPERADOR MAJENCIO. *Don Antonio Pizarroso.*
PUBLIO, *Prefecto de Roma.* *Don Carlos Latorre.*
SILANO, *esclavo del Empe-* } *Don Francisco Lumbreras.*
 rador. }
SIRO, *esclavo de Publio (que no habla.)*

Roma año de 310 de J. C.

Esta Tragedia, que pertenece à la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas à la propiedad de las obras dramáticas.

A Luis Pizarro,

CONDE DE LAS NAVAS,

EN PRUEBA DE AMISTAD Y CORDIAL APRECIO

dedica

este trabajo su buen amigo

José Lorrilla.

Madrid 8 de Febrero de 1843.

PERSONAS Y ACTORES

D. Juan de los Rios
 D. Antonio Biscarra
 D. Juan de los Rios
 D. Juan de los Rios
 D. Juan de los Rios

EN BREVE DE AMISTAD Y CONCORDIA ABREJO

1843

este trabajo en breve tiempo

José Cortés

Madrid 8 de Febrero de 1843.

Esta obra, que pertenece a la Galeria Dramatica, es
 propiedad de D. Juan de los Rios, antiguo espa-
 ñol y autor de algunas obras de teatro, y de la ley al que se
 reconoce el derecho de propiedad en virtud de un
 contrato celebrado en Madrid el dia 1.º de Mayo de 1843, y la de 15 de
 Mayo de 1843, y la de 15 de Mayo de 1843.

NOTAS DEL AUTOR.

Hablando del Emperador Majencio dice el magnífico caballero don Pedro Mejia en su historia Imperial y Cesárea: *“Porque él era cruel matador y perseguidor de la gente noble y principal de Roma, vicioso, lujurioso, adúltero, deshonesto y avariento, y sobre todo perseguidor y disipador de la Iglesia. Finalmente, en todos sus hechos tirano &c.”*

Lorenzo Echard en su historia de Roma desde su fundacion hasta la traslacion del imperio por Constantino dice, hablando del mismo Emperador Majencio:

“Robaba las mugeres de los senadores y de los primeros caballeros de Roma, y despues de haberlas gozado las volvia á enviar á sus maridos. Habiendo querido usar de la misma violencia con Sofronia, muger del Prefecto de Roma, la cual era Cristiana, pidió aquella muger unos momentos para adornarse, y encerrándose en su cuarto se mató: accion animosa por cierto, mas reprehensible, aunque muy alabada de Eusebio y de Rufino. Majencio permitia á sus soldados todo género de delitos, y cuando los arengaba en vez de exhortarlos á observar una exacta disciplina les decia que se alegrasen y no se privaran de nada que apeteciesen. Saqueaba los templos; mataba á los ricos para tomar sus bienes; oprimia al pueblo con impuestos; y en fin, redujo la ciudad de Roma á tal miseria, que faltaban en ella las cosas mas necesarias porque el Emperador lo disipaba todo con sus desórdenes y prodigalidad.”

Sobre estos datos históricos he querido escribir una tragedia; ignoro si lo he conseguido, pero confieso que tal ha sido mi intento. En cuanto al carácter del Emperador me he atendido estrictamente á la historia, como creo que está á la vista. No en los de Sofronia y Publio, que han sufrido alguna alteracion por motivos que espondré.

Publio era (segun las historias) un hombre débil que tembló delante del Emperador y casi consintió en su liviandad: Sofronia era Cristiana y se suicidó, accion crimi-

nal segun nuestra fé, cualesquiera que fuesen las razones que para ella encontrara: era pues necesario al interes trágico borrar esta mancha del carácter de la protagonista para que su inocencia y su virtud inspirasen clásica compasion; é hice por tanto de Sofronia una mártir, y del amor de su marido su verdugo. Con lo cual si no he dado gusto á los críticos, no podrán negarme estos señores que Publio y Sofronia me deben la bienaventuranza celestial que yo les franqueo en mi obra, y esto siempre es algo.

He reducido la accion á un solo acto por no entorpecer la sencillez del hecho histórico en que está fundada, y por no hacer dormir á los espectadores con eternos diálogos que no estan dispuestos á escuchar en nuestros actuales teatros. Y finalmente, he escrito mi tragedia en versos consonantados y no en romance endecasílabo por tres razones. La primera porque todo un acto en un mismo asonante es mas monótono é insufrible que el ruido de los mazos de un batan. La segunda porque siendo tan facil en nuestra lengua armoniosa el uso de los consonantes, creo á cualquier mediano versificador con facultad de usarlos. Y la tercera por mi propia voluntad y capricho, que es la que mas me satisfizo, en lo cual me parece que soy franco.

En vez de exhortar á observar una exacta disciplina en las letras, que se olvidasen y no se precisasen de nada que perteneciese. Zapateros los zapateros; carpinteros los carpinteros para tomar sus duros; opinar al pueblo con impuestos; y en fin, reducir la ciudad de Roma á tal miseria, que faltaban en ella las cosas mas necesarias porque el Emperador la dividida toda con sus decuriones y prodigalidad.

Sobre estos datos históricos he querido escribir una tragedia; ignoro si lo he conseguido, pero confío que tal ha sido mi intento. En cuanto al carácter del Emperador me he atendido estrictamente á la historia, como era que debia ser en la vida. No en los de Sofronia y Publio, que han sufrido algunas alteraciones por razones que espandré.

Publio era (según las historias) un hombre débil que también delante del Emperador y casi conatus en su ciudad: Sofronia era Cristiana y se suicidó, accion cristian-

Acto único.

Pórtico interior en el piso bajo del palacio del Emperador Majencio, que da paso á las habitaciones de Publio, Prefecto de Roma, y á los jardines. Puerta á la derecha que da al interior del palacio. Puerta á la izquierda que da á los aposentos de Publio y Sofronia. En el fondo una balaustrada de piedra por cuyo centro se sale á los jardines del Emperador, que se extienden detras de ella, iluminados por la luna, decorados con estatuas, fuentes, arcos, jarrones, &c., &c. A lo lejos y cerrando el cuadro la loma del monte Aventino, frente al cual estuvo construido el palacio de los Césares, en donde se supone la escena.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecerá SOFRONIA asomada á la balaustrada y mirando á los jardines con atencion. SILANO aparece al quinto verso por el fondo.

SOFRONIA. Vuelve: no hay medio ya: todo es inútil.
Acaben de una vez vanas excusas,
y repela sus bárbaros antojos
de la noble virtud la fuerza ruda.
¿Quiere guerra? La habrá, desesperada.
Yo caeré acaso en tan horrenda lucha;
mas no me da pavor, yo la provoco:
muerta caeré, pero rendida nunca.

ESCENA II.

SOFRONIA Pronto vuelves.

- SILANO. Da pronto y facil paso
puerta en esa ala del palacio oculta.
- SOPRONIA. ¿Qué dice tu señor?
- SILANO. (Dándole una carta ó papiro.)
Lee lo que dice.
- SOPRONIA. (Despues de leer.)
¿Por fuerza ó voluntad he de ser suya?
- SILANO. Él mismo quiere de tu misma boca
tu asentimiento oir ó tu repulsa,
y á tí vendrá dentro de poco: piénsalo:
su voluntad con tu interes consulta,
pero si aprecias un consejo cede.
- SOPRONIA. ¿Quién tu opinion, esclavo, te pregunta?
Silencio, y agradece si á sus plantas
con lengua vuelves en la boca inmundada.
- SILANO. ¿Esa respuesta le daré?
- SOPRONIA. La misma.
- SILANO. Es el Emperador.
- SOPRONIA. ¿Lo pongo en duda?
- SILANO. Vas su furia á escitar.
- SOPRONIA. Despeja, esclavo;
yo desprecio su amor como su furia.
- SILANO. Dueño es de sus vasallos absoluto.
- SOPRONIA. No llega su poder mas que á la tumba.
- SILANO. Te la abre ante los pies tu resistencia.
- SOPRONIA. Sabré en ella caer libre de culpa.
- SILANO. ¿Eso dices?
- SOPRONIA. No mas.
- SILANO. Quieran los dioses*
valerte.
- SOPRONIA. Vé.
- SILANO. Tu esclavo te saluda.

ESCENA III.

SOPRONIA.

Primero de una vez el pecho mio
desgarren sus verdugos, y una á una
las gotas de mi sangre derramadas
el alma arranquen de la carne impura.
No me conoce aun, si espera necio

que á sus halagos mi virtud sucumba,
ni el imperio, que se huye de sus manos,
compre mi corazon, ni le seduzca.

Si las damas Romanas hoy olvidan
la alta nobleza que su sangre ilustra,
y de su Emperador se hacen esclavas
ofreciéndole viles su hermosura,
que alguna queda de su antigua raza
verán al menos para mengua suya;
y alguna queda que por alto ejemplo
sin vida caiga, mas sin honra nunca.
Mas Publio.

ESCENA IV.

SOFRONIA. PUBLIO.

PUBLIO. ¡Aun aqui tú, Sofronia mia!
¿Mas qué pesar te asalta? Ese encendido
color del rostro... de tu mano fria
el temblor...

SOFRONIA. ¡Tu ilusion!

PUBLIO. No, yo he sentido
minar mi corazon lenta y traidora
una sospecha ruin, y harto há que veo
que tu pecho secretos atesora.

SOFRONIA. Publio, y has visto bien: honda tristeza
me prensa el corazon.

PUBLIO. ¿Quién, dulce amiga,
te la pudo causar?

SOFRONIA. Esta grandeza,
este fausto de Roma me fatiga.
Ansío soledad, reposo anhele;
pluguiérame un lugar de aqui lejano
donde mas puro se gozara el cielo,
mas libre el aire, y el placer mas llano.
Será un capricho mugeril si quieres,
mas á mí que te adoro, esposo mio,
tú me bastas, y el lujo y los placeres
de contento en lugar, me dan hastío.
Si tú me amas asi, la pompa deja
de esta corte imperial, y los honores;

de esta continua bacanal me aleja,
 donde parecen mal castos amores.
 Salgamos de esta Roma corrompida,
 y uno para otro amor, mútuo consuelo
 dulce llevemos y envidiable vida
 en mas tranquilo y retirado suelo.

PUBLIO. No sé, Sofronia mia, qué adivino
 de siniestro y fatal en tus palabras
 me estraña ese capricho repentino;
 todo tu corazon fuerza es que me abras.
 ¿Qué temes, di? ¿qué dudas? ¿qué recelas?
 ¿Qué secreta razon ó qué manía
 á Roma te hace odiar? ¿Por qué me velas
 tu recóndito mal, Sofronia mia?

SOFRONIA. Siempre, Publio, te amé.

PUBLIO. Lo sé.

SOFRONIA. Por eso
 constante siempre, y respetada esposa,
 guardar supe tu honor puro é ileso
 en medio de esta Roma escandalosa.
 Nunca temí que el viento corrompido
 que en su recinto infame se respira
 llegara á un corazon bien defendido;
 mas esta débil esperanza espira.

PUBLIO. Sofronia, si hasta á tí llegar osado
 pudo algun miserable libertino,
 muy mal con su razon lo ha consultado.
 Nómbrale.

SOFRONIA. Es mas fatal nuestro destino,
 Publio. El suelo de Roma es una sima
 que si con pronta fuga no evitamos
 nos sorberá por fin: mi aviso estima,
 y cree á mi corazon, Publio, partámos.

PUBLIO. ¿Todo un glorioso porvenir es fuerza
 que abandonemos! Mi fortuna crece,
 nada hay que mi favor derroque ó tuerza,
 porque el Emperador me favorece.
 Mio es su imperio, la pesada carga
 del gobierno en mis hombros deposita,
 y á mucho acaso mi ambicion se alarga,
 mucho Roma tal vez me necesita.
 Te confieso en verdad que algunas veces

la licencia imperial me escandaliza:
mas hombre soy , y mi ambicion atiza
el quererte ofrecer cuanto mereces.

SOFRONIA. No pienses, Publio, en mí: yo nada quiero:
tú eres mi único bien: mas odio á Roma,
y de ella pronto que me alejes quiero.

PUBLIO. Sofronia, ahora dejarla es imposible.
¿ Mi cargo renunciar cuando á sus puertas
se acerca con ejército terrible
Constantino? Sospechas daré ciertas
de traicion á Majencio, y será acaso
mi sentencia de muerte mi renuncia.

SOFRONIA. Nuestra vida se encierra en fragil vaso,
Publio, y cercana tempestad se anuncia.
Esta ciudad de crimen, que se aduerme
arrullando el placer de sus señores,
tal vez anhela en su reposo inérme
otra estirpe mejor de emperadores.

PUBLIO. ¡Sofronia!

SOFRONIA. Sí, la sangre y la vergüenza
el manto son en que se envuelve Roma:
¿qué mucho pues que Constantino vengza
á quien el yugo de la infamia doma?
¿Qué hace tu Emperador? Pisa y viola
cuantas leyes al pueblo dan amparo,
su imperio airado, y sin razon, asola,
y celebra sus vicios con descaro.

Contribuciones sin poder impuestas
en festines opíparos destruye,
embriaga al vulgo con inmundas fiestas
y las damas Romanas prostituye.

Despierta, Publio; nada está seguro:
un capricho imperial lo puede todo,

(El Emperador sale hablando de los jardines.)
y penetra el recinto mas oscuro
su malicia infernal de cualquier modo.

PUBLIO. Basta, Sofronia, basta; te comprendo.

SOFRONIA. Mira. (Dándole la carta del emperador.)

PUBLIO. ¡Y así me pagas mis servicios!
y mientras yo tu imperio te defiendo
víctima soy de tus horrendos vicios!
Claro lo veo al fin; ¡ tanta privanza,
tanto imperial favor, tanta ventura!

mi fé y mi lealtad no me la alcanza!
 ¡Es el precio no mas de su hermosura!
 Basta, tirano, tu vileza entiendo.

SOFRONIA. Salgamos pues de Roma.

PUBLIO. Sí, salgamos,
 mas en las sombras de la noche, huyendo,
 antes que en su poder ambos caigamos.

Tengo, oh Sofronia mia, felizmente
 regio poder, y una orden de mi mano
 nos franqueará las puertas libremente,
 y el furor burlaremos del tirano.
 ¡Oh, bien mi corazon me lo decia!
 no en vano fermentaban mis recelos.

Tienes razon, huyamos, alma mia,
 y ampáren pios nuestro amor los cielos.

SOFRONIA. Publio, y que pronto sea, porque acaso
 ya la astuta serpiente se introduce
 bajo el lecho nupcial, y un solo paso
 á la infamia ó la muerte nos conduce.

PUBLIO. ¿Tienes valor?

SOFRONIA. Sí, Publio, para todo;
 todo lo renuncié por amor tuyo,
 y á cuánto me ordenares me acomodo:
 "quédate;"—y permanezco: "húyete;"—y huyo.

PUBLIO. Pues apréstate á huir, oro recoger
 que nos compre otra vida en otra tierra,
 y que halle el gavilan cuando se arroje
 que ya la red al colorin no encierra.

ESCENA V.

PUBLIO, solo.

Inútil fué mi esfuerzo: inútil, vano
 mi afan en ocultarla de sus ojos;
 todo lo mina su poder tirano,
 y no tienen ya freno sus antojos.
 Único amigo en quien fiar podia,
 solo leal que por su bien velaba,
 cuánto me honraba mas, mas me vendia,
 y en contra de mi honor mas conspiraba.
 Siga su suerte pues, sígala solo:

no en él la sed de sangre se despierte,
y al fin concluyan el amor y el dolo
en vil sentencia de venganza y muerte.
Siro.

ESCENA VI.

PUBLIO. SIRO, esclavo.

Su curso al concluir la luna
debajo de los pórticos de Vesta,
sin que lleguen á dar sospecha alguna,
tres caballos veloces nos apresta.
Si nos sacas de Roma serás libre:
mis jardines te doy de Lucretila,
y al otro lado en viéndonos del Tibre
cuantos caballos deje en pós, mutila.
Parte.

ESCENA VII.

PUBLIO.

A Dios para siempre, áureo palacio,
morada de los Césares augusta,
alcázar imperial de cuyo espacio
se aleja la virtud triste y adusta.
Yo riqueza y poder, gloria, esperanza
renuncio sin pesar; y noblemente
sin intentar sacrilega venganza
delante del honor doblo la frente.
Eres mi Emperador, yó no repelo
tu ley augusta, mas si torpe mano
pones en nuestro honor, huyo al tirano
y juzgo de ambos la razón el cielo.

(El Emperador Majencio se acerca por el fondo de los jardines.)

Mas él se acerca; rondador taimado
del ageno tesoro, astuto embozado
con velo de amistad el preparado
dando traidor que en aprestar se goza.

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR. PUBLIO.

EMPER. Publio.

PUBLIO. Salud, Emperador Augusto.

Tan escelso favor mi orgullo colma.

¡ Vos mismo descender á mi morada!

EMPER. Sin duda, Publio, que descienda importa.

Graves cuidados sin cesar me abruman,

graves temores sin cesar me acosan:

y echar sobre tus hombros necesito

este peso molesto que me enoja.

PUBLIO. Mandad, señor.

EMPER. ¿Qué, Publio, me valiera

del grande imperio la soberbia pompa,

si yo mismo tuviera que ocuparme

en cuidar de mi imperio y mi corona?

Las dignidades vuestras, si eso hiciere,

inútiles al fin me fueran todas,

y en lugar del señor, fuera el esclavo

quien el sacro laurel ceñirse logra.

Yo lo entiendo mejor; lidien mis Césares,

defiendan mis Pretores las remotas

fronteras del imperio, mas en tanto

dulce tranquilidad disfrute Roma.

De las fiestas de Flora y Baco quiero

renovar las antiguas ceremonias;

quiero que el vulgo se divierta y goce,

y el arbol del placer nos preste sombra.

Francos los almacenes imperiales

para el pueblo romano desde ahora y

de Italia y Grecia los antiguos vinos

para la alegre muchedumbre corran.

Salgan audaces las Bacantes, salgan

de sus templos las vírgenes hermosas,

y dancen en las fiestas Lupercales

las esclavas á par con las matronas.

Mi imperio es de deleites y de dichas,

el tiempo es breve y la existencia corta:

quiero que el pueblo por placeres solo

cuenta no mas de mi reinar las horas.

PUBLIO. Señor, estando en rebelion do quiera las provincias lejanas...

EMPER. ; Me acongoja que me hablen de provincias y de pueblos que se rebelan ! Publio, ¿qué me importa que vayan mis provincias á otras manos de las mias pasando unas tras otras ? Capaz de mil imperios es la tierra ; lógrelos pues quien mas los ambiciona. Cámbiese al fin cada provincia en uno como el imperio mio sea Roma.

Me canso de escuchar reconvenciones, Prefecto ; mi paciencia se desborda, y hacer un escarmiento determino que muestre mi justicia vengadora. Hablad.

PUBLIO. Sabes que en Roma hay una raza que de severa rectitud blasona, y que á todo se atreve y falta á todo culpando á nuestra edad de impía y loca.

PUBLIO. Los Cristianos, señor.

EMPER. Sí, los Cristianos, que inculcan su creencia mentirosa en las pueriles almas de los crédulos y al cielo ofenden y á la ley provocan, ante las mismas puertas del palacio con extraña osadia escandalosa han fijado pasquines esta noche muerte á mi estirpe amenazando pronta. Bárbaro llaman al Romano pueblo, y de sus dioses de metal se mofan, y con el signo de la Cruz infame sus pasquines sacrílegos coronan. Pues bien, quiero mostrarles lo que puede mi raza noble aún á extinguirse próxima, quiero que sacrifiquen ó que mueran : perjuros han de ser, ó muertos. Toma,

(Dale pliegos.) Publio ; á cumplir disponete mis decretos : de ellos no ha de quedar rastro ni sombra ; ocho veces han sido esterminados, en mi réinado pues scrá la nona.

Sus cabezas pondré por los caminos,
con sus pieles haré curtir alfombras,
y espondré sus mugeres en los circos
por diversion y escándalo de Roma.

PUBLICO. Mirad...

EMPER. No miro nada; al punto, Publio,
mi voluntad publica; todos oigan
su dicha ó su sentencia, y que comiencen
su esterminio y mis fiestas con la aurora.

PUBLICO. Señor...

EMPER. Silencio: sin cumplir mis órdenes
¡ay de tu vida si á palacio tornas!

PUBLICO. (Ap.) Tirano astuto, tu intencion comprendo;
lejos me quieres, mis estancias solas,
porque el triunfo mas facil te figuras;
mas ¡ay de entrambos si mi saña enconas!

ESCENA IX.

EL EMPERADOR SILANO.

EMPER. Silano. (Sale Silano.)

A ese hombre por do quier se espie:
lleva en su corazon sospecha sorda,
y de todo es capaz su ánimo osado
á impulso de los celos que le ahogan.

SILANO. Bien espiado está: ni una palabra,
ni una accion, ni la idea mas recóndita
se escapará á los lincas que le cercan.

EMPER. Intentará tal vez...

SILANO. Su esclavo ahora
dispone sus caballos mas veloces,
y á favor de la noche protectora
partiendo de los pórticos de Vesta
saldrán de la ciudad él y Sofronia!

EMPER. ¿Es pues, Silano, el disimulo inútil?
¿inútil mi templanza generosa?
¿fuerza será que de una vez anuncie
mi imperial voluntad?

SILANO. Su misma boca
le rebeló el secreto, y ella misma
le entregó vuestra carta; nada ignora.

EMPER. Tórnese pues en ley este capricho:
 todas las vallas de mi amor se rompan;
 y aprendan de una vez que á los esclavos
 solo postrarse ante el señor les toca.
 De ese Publio me cansa la justicia,
 su rectitud estúpida me enoja,
 y no quiero escucharle los consejos
 con que el placer me amengua ó me le estorba.
 Juez le nombro de hoy mas de los Cristianos,
 Procónsul va de mis provincias todas
 á esterminar en todas á esa raza
 que de un suplicio vil el signo adora.
 Asi le mantendré de Roma lejos,
 y de mí mismo asi gozaré en Roma.
 Mis antojos son ley: todos la acaten:
 derecho es este que mi sangre goza.
 Cuida de que se cumplan mis mandatos,
 que arda mi imperio en fiestas ostentosas;
 y esa fiera beldad aqui condúceme,
 Silano, y estas salas abandona.

SILANO. Halagadla, señor, que es muy altiva,
 y á los amagos su cerviz no dobla.

EMPER. La amo como jamás amé á ninguna
 pero si nada mi cariño logra
 soy el Emperador, y á fuerza ó ruego
 todo ante el sacro Emperador se postra.

ESCENA X.

EL EMPERADOR.

Lejos de mí la máscara: parezca
 tal cual es la pasión que me devora,
 y caiga de una vez en poder mio
 de esa beldad la apetecida joya.

ESCENA XI.

EL EMPERADOR. SOFRONIA.

(*Silano, que la conduce, se aleja por el fondo de jándola en escena.*)

EMPER. (Héla aqui: su beldad admiro mudo.)

Salve, ¡ oh Sofronia !

SOPRONIA. Augusto, yo os saludo.

EMPER. Deja, deja la grave ceremonia
y humilde tono para el vulgo rudo.
Tu esclavo soy no mas: manda, oh Sofronia.

SOPRONIA. Escusadme, señor, frases molestas
de galanteos para mí perdidos,
que ni en mis labios hallarán respuestas,
ni hallarán atencion en mis oídos.

EMPER. Ya sé que mis ofertas rehusando
mis amorosas cartas no leiste;
y ya sé que mi enojo despreciando
á mi esclavo tenaz, "nunca" dijiste.

Mas tu ostinada resistencia entiendo y
conoces lo que vale tu hermosura
y á mis ojos la estás encareciendo:
bien haces, ¡ oh celeste criatura!

Mas baste ya de tu rigor injusto,
bañe tu faz, bellísima Siréna,
en vez del ceño que la entolda adusto
sonrisa de placer dulce y serena.

EMPER. ¿ De qué te sirve, oh ninfa encantadora,
tu ardiente corazon y tu hermosura,
si te se va la vida hora tras hora
en calma triste y soledad oscura?
Otra existencia de placer te brinda
mi poder y mi amor: deja que al cabo
el tuyo, hermosa, á mi pasion se rinda;
déjame que á tus pies espire esclavo.

SOPRONIA. Señor, mi corazon mentir no sabe:
no os amó nunca; y vuestro impuro halago
imposible ha de ser que de él recabe
un solo impulso del amor mas vago.

Vos lo veis: encerrada eternamente
de mi cámara oculta en el retiro,
se desliza mi vida dulcemente

EMPER. sin que el placer de esta ciudad demente
me arranque al corazon solo un suspiro.

Noble, rica, envidiada y bien querida
podria yo llevar si me pluguiera
inquieta, alegre y disipada vida,
como vos la llevais y Roma entera,

y así dejando vuestra ley cumplida
 á tachármela nadie se atreviera:
 mas yo sé bien lo que á mi honor le debo
 y vida tal porque me importa llevo.

EMPER. La llevas, pobre tórtola enjaulada,
 la llevas porque nunca has sospechado
 que tras los muros de que estás cercada
 otra vida hay mejor que no has gozado.
 ¿Sabes tal vez cuán plácidas las horas
 se van fuera de este ámbito sombrío?
 ¿Sabes tú cuántas fiestas seductoras,
 cuánto en delicias hierve encantadoras
 esa ancha Roma del imperio mio?

Un imperio de dicha y bienandanza
 donde el único fin es la ventura,
 un imperio de amor donde no lanza
 su rayo el duelo, y á él pesar no alcanza,
 y donde reina libre la hermosura.

Pues bien, del universo soberano
 no hay nada que á mi antojo se resista;
 ese imperio feliz está en mi mano,
 yo le pongo á tus pies, es tu conquista.

SOFRONIA. Apartaos, señor, ved que me ofende
 de vuestra loca audacia la grandeza:
 si la hermosura ó el amor se vende
 no se ha vendido nunca la nobleza.

EMPER. Óyeme y ve la asoladora llama
 que tú en mi corazón has encendido,
 fuego que mas tu resistencia inflama
 y á odiar me arrastra cuanto tú no has sido.

Una sola muger no hubo en mi imperio
 á quien yo no llamara esclava mía,
 nunca embozó mi amor vano misterio,
 y mandaba mi amor, no se rendía.

Mas no así al tuyo el corazón se atreve,
 que cuanto te ama mas, mas se recela,
 y mas conoce que arrastrarse debe
 ante los sacros pies del bien que anhela.

Rendido está: mas tiéndele una mano,
 y tu planta en pós del tiende á mi trono.

Reina; y si sirve de mi fé en abono
 ó halaga tu capricho soberano

mándalo, y á tu voz polvo liviano
 será esa Roma que escitó tu encono:
 el orbe entero se hundirá conmigo
 si una sonrisa de tu amor consigo.

SOFRONIA. Basta, señor, que me afrentais.

EMPER. ¿Sofronia!

SOFRONIA. Ya sé que vuestro imperio abominable
 avergüenza á la misma Babilonia
 por vuestro ejemplo torpe y execrable,
 Ya sé que en Roma sin pudor, ni freno,
 no hay mas Dios que el placer, mas ley que el gusto;
 cuanto os halaga á vos se da por bueno,
 cuanto lleva al placer se da por justo.
 Ya sé que al pueblo manteneis esclavó
 con la embriaguez del vino y la licencia
 sin que haya un corazon que sepa bravo
 acotar vuestra bárbara impudencia:
 sé que fiestas infames se instituyen;
 leyes que la hermosura os esclavizan
 y á las nobles matronas prostituyen,
 y los vicios y el crimen divinizan.
 Mas no llega hasta mí su aliento impuro;
 en mí se estrella vuestra ley tirana,
 que aqui en mi pecho tras de doble muro
 entera vive la virtud romana.

¿ A mis plantas poneis vuestra corona,
 Emperador Augusto? Yo la piso;
 sepá Roma que aun guarda una matrona
 que la tuvo á sus pies y no la quiso.

EMPER. En fierá saña tu soberbia loca
 encendiera mi pecho, si pudieran
 palabras que han salido de tu boca
 producir mas que amor. En mí no alteran
 el que yo te consagro, que esta llama
 que un ánima vulgar sofocaría
 con tu frio desden crece en la mia,
 viento es tu voz que su volcan inflama.
 Yo te adoro, Sofronia; mas escucha,
 que aunque este amor no atajarán tus brios
 de él me cercenan indulgencia mucha,
 y van al fin á despertar los míos.
 Mi capricho es mi ley; de hierro ó de oro

bajo mi cetro estás: de ambos elije.

SOFRONIA. Estoy en vuestras manos, no lo ignoro; mas prefiero la muerte, ya os lo dije.

EMPER. ¡ Muerte! veamos pues; fé ni ternura no bastan á rendirte á mis anhelos; derroque pues la fuerza tu bravura: todo ceda á mi amor.

SOFRONIA. ¡ Valedme, cielos!

(*El Emperador se lanza hácia Sofronia. Esta le huye; y en tal punto se presenta Silano por la derecha.*)

ESCENA XII.

EL EMPERADOR. SOFRONIA. SILANO, apresurado y de repente.

SILANO. Señor...

EMPER. ¿ Quién osa sin licencia mia hasta aquí penetrar?

SILANO. Perdon, Augusto, pero así mi deber lo requería.

EMPER. ¿ Qué pasa, pues!

SILANO. De vuestro edicto justo al oír la sentencia los Cristianos en tumultuosa sedicion rompieron vuestras estatuas con airadas manos.

EMPER. Y mis guardias; por Hércules! ¿ qué hicieron?

SILANO. Dieron, señor, sobre ellos; pero Roma arde en nocturna lid, y este tumulto por todas partes incremento toma.

EMPER. Su sangre toda lavaré este insulto. Al punto salga, sin piedad, Silano, numerosa cohorte pretoriana: no quede de esa turba ni un villano.

Te sigo; y oyé tú, fiera Romana. Concluye para todos mi indulgencia: mi imperial voluntad, manda, no pide. Publio parte de Roma, es su sentencia; un dia os doy, que de los dos decide. Mas cómo há de acabar pesa y entiende: mañana mismo al espirar el dia si aun tu arrogancia resistir pretende

él cadáver será, tú esclava mía
 SOFRONIA. ¡Esclava tuya quien en Roma nace,
 tirano usurpador!

EMPER. Asi me place:
 de Baco y Flora en el alegre templo
 tú la primera libacion mañana
 conmigo harás y servirás de ejemplo
 á la alegría y bacanal romana.

Salvas á Publio asi, y eso te abona
 escoge pues, la infamia ó la corona.

SOFRONIA. Antes morir mil veces, vil tirano.

EMPER. Medítalo mejor: vamos, Silano.

ESCENA XIII.

SOFRONIA.

Se turba mi razon: convulsa, ardiente
 al corazon la sangre se me agolpa,
 y la altivez, la indignacion y el miedo
 mi fé estravian, mi valor agotan.
 Él cadáver será, tú esclava mia,
 dijo... ¡Sentencia bárbara y diabólica,
 que con la infamia de la esposa amante
 la infame vida del esposo compra!
 ¡Publio! ¡mi bien...! ¿te salvaré vendiéndote?
 ¿Yo vida te he de dar á tanta costa?
 Jamas. Llama, tirano á tus verdugos,
 nuestra sangre leal mezclada corra:
 con indeleble mancha al derramarse
 salpicará tu rostro cada gota.
 Muramos, sí... ¡Mas ay! sueño, delirio,
 ¡que antes del vulgo vil nos hará mofa!
 Porque ¿qué de virtud ni gloria entiende
 esta generacion torpe é hipócrita,
 ni esta ciudad envilecida y ebria
 con el placer de sus inmundas orgias?
 ¡Evolé! gritarán: nuevo espectáculo
 será para ellos la virtud heroica,
 y al tigre azuzarán con sus ahullidos
 á consumir su crimen. ¡Espantosa
 perspectiva, mas cierta! Sí, lo veo,

esos Romanos nobles que ambicionan
 el poder, hechos perros de sus príncipes,
 mañana en una fiesta escandalosa
 le cercarán, y de su boca misma
 escucharán mi desdichada historia;
 y le dirán: "Teneis razon, Augusto,
 es vuestra esclava, vuestro amor la honra;
 rendida caiga y de escarmiento sirva..."

Y ébrio él me hará llevar, y allí angustiada
 yo lloraré á sus plantas arrastrándome
 del solio hollado en la manchada alfombra,
 mientras cantan su triunfo y mi ignominia
 al son alegre de las anchas copas.

Ese es el porvenir que me preparan:
 sí, que á todo los Césares se arrojan,
 todo su cetro lo atropella, todo
 á su absoluta autoridad se postra,
 y á par con ellos la embriaguez del crimen
 en su vaso imperial apura Roma.

¡Miserable de mí! de fuerza ó grado
 en sus brazos caeré, sin que me acorran,
 porque en un pueblo que su honor olvida
 fé y virtud y valor estan de sobra.

Caeré... y el triste Publio deshonrado,
 blanco inocente de su injusta cólera,
 errante, perseguido, esclavo, muerto...

¡Déjame, aparta, pesadilla odiosa!
 tentacion infernal, ¡húyeme, déjame!
 que á vacilar mi fé siento muy próxima.

Para tan grande prueba ¡oh cielo santo!
 virtud me distes en verdad muy poca,
 pues aun vacila el corazon de tierra
 y el alma imbécil su deber ignora.

(Pausa: transicion repentina: completo trastorno de ideas.)

No cederé jamas: muerta primero.

Mas si él se salva cederé gustosa:
 la fé... el amor... su muerte... mi ignominia...

no puedo mas... deliro: me acongoja
 este tropel de ideas... mi cerebro,
 mi corazon, mis ojos... todo es sombra.

¡Paso, verdugos, paso! ¡Publio, sálvate!

Ya estoy aqui... sacrificadme... sola.

(*Cae desfollecida.*)

ESCENA XIV.

SOFRONIA. PUBLIO.

PUBLIO. Llego al fin: alli está: ¡Sofronia, esposa!
Pero ¡ay de mí! ¿qué es esto? ¿qué afrentosa
sospecha infunde en mí tanto silencio?
¡Sofronia!

SOFRONIA. ¡Atrás, verdugos de Majencio,
atrás!

PUBLIO. Sueña tal vez. ¡Sofronia!

SOFRONIA. ¡Cielos!
¿quién me nombra? Esa voz...

PUBLIO. ¡Sofronia mía!

SOFRONIA. ¡Publio!

PUBLIO. Yo soy.

SOFRONIA. ¡Tú colmas mis anhelos,
cielo santo! Perdido te creía.

PUBLIO. Y perdidos los dos sin duda estamos.

SOFRONIA. No, pues unidos otra vez nos vemos,
y sin mancilla aun nos conservamos.

PUBLIO. ¿Qué, el César...

SOFRONIA. Juntos ya no le tememos.
Mas pasa el tiempo, Publio: los instantes
preciosos son. ¿Y Siro, el fiel esclavo?

PUBLIO. ¿Siro? De entre sus labios espirantes
el ay postrero de escucharle acabo.

SOFRONIA. ¡Cómo!

PUBLIO. Es un caso horrendo.

SOFRONIA. Habla.

PUBLIO. Escucha.

Hoy el Emperador con nuevo edicto
de Roma los Cristianos ha proscripto.

SOFRONIA. ¡A los Cristianos!

PUBLIO. Sí; mas gente mucha
cuenta esa raza, que aunque ayer nacida,
y ocho veces en Roma esterminada,
cada dia se ve mas estendida
y germina do quier bajo la espada.

SOFRONIA. La mantiene su fé.

PUBLIO. Su fé me asombra.

Yo sujeto al tiránico dominio

iba con mis lictores en la sombra

pregonando su bárbaro estermio.

A par mio el Prefecto pretoriano

pregonaba tambien de Baco y Flora

las fiestas. Inundó el pueblo romano

las calles y las plazas á deshora ;

y la alegría en unos, la pavora

en otros, lo distinto de los cultos

en la turba produjo prematura

la delacion, la lid y los tumultos.

El pueblo y los soldados se metieron

en repentina lucha : los Romanos

sobre la raza condenada dieron

y se cubrió la tierra de Cristianos.

SOFRONIA. ¿ De su señor en contra se volvieron ?

PUBLIO. No : libres y sin armas en las manos ,

de indignacion y miedo sin asomos

dijeron á una voz : *Cristianos somos.*

SOFRONIA. ¡ Oh !

PUBLIO. ¡ Me espantó su heróica osadía !

Cerró el pueblo con ellos : bajó Augusto

con cuantas haces en palacio habia.

Y yo solo por tí sintiendo susto ,

solo pensando en su pasion funesta ,

entre el tumulto huí : corrí exhalado ,

busqué á Siro en los pórticos de Vesta ,

mas le hallé á puñaladas traspasado ,

nuestra fuga á Majencio manifiesta ,

y yo tambien á muerte condenado

supe que fuí con él. Sofronia mia ,

huyamos, si aun es tiempo todavia.

SOFRONIA. Es tarde, Publio : la imperial sentencia

por do quier nos ataja : las salidas

tomadas nos tendrán : no hay resistencia.

Demos ¡ oh Publio ! al César nuestras vidas ,

pues suyas son ; y al cielo soberano

ileso demos el honor romano.

PUBLIO. ¿ Nuestras vidas al César ? ¿ Yo á la muerte

te he de entregar á tí , sin que el aliento

me falte defendiéndote? ¡Yo verte resignado caer? No: ¡el firmamento antes sobre mi frente se desplome! Sígueme, pronto, ven: que no halle presa el leon imperial cuando se asome. Partamos pues,

SOFRONIA. De atormentarte cesa, Publio infeliz, que su decreto ignoras. Viendo él mismo que nada me rendía, de nuestras vidas aplazó las horas. Mañana, dijo, al espirar el día si rendida á mi ley, mi ley no adoras, *el cadáver será, tú esclava mía.*

PUBLIO. ¡Villano! ¿con que al fin desesperados moriremos los dos ó deshonrados?

SOFRONIA. No, sino en calma, y como á nobles toca...

PUBLIO. Tienes razon, Sofronia, te comprendo. Sávenos este acero, (*Su puñal.*) y su ira loca muertos nos halle aqui.

SOFRONIA. ¿Qué estás diciendo?

PUBLIO. Noblemente es morir...

SOFRONIA. ¿Eso es nobleza?

PUBLIO. Me confundes, Sofronia, no te entiendo: ¿cómo salvar sino nuestra cabeza?

SOFRONIA. ¿No me has dicho que has visto á los Cristianos con su humildad burlar su impía saña entregándose inermes en sus manos?

PUBLIO. En su fé, esa humildad es una hazaña: mas en la nuestra quien su honor aprecia muere como Caton, como Lucrecia.

SOFRONIA. Publio, para burlar su ley tirana ¿no alcanza mas tu corazon pagano?

PUBLIO. No: ¿qué poder atajará al tirano?

SOFRONIA. El poder de mi fé: *yo soy Cristiana.*

PUBLIO. ¡Dioses, Cristiana tú!

SOFRONIA. Mi madre lo era, su fé es la mia: mas la fuerza adora de esta fé de los flacos protectora, que tu honra salva y mi virtud entera.

PUBLIO. ¡Cristiana...! ¡Oh nueva y doble desventura! ¡Por tu proscripta fé blanco de su ira, codicia de su amor por tu hermosura!

- el mundo entero contra tí conspira!
- SOFRONIA.** Mi fé del mundo entero me asegura.
Ve, Publio, de mi Dios la omnipotencia,
pues nos alienta su creencia santa
á ofrecer con tan noble indiferencia
al hierro y al dogal nuestra garganta.
Ve el poder de este Dios que á la inocencia
y á la debilidad da fuerza tanta,
que nos hace morir dando á la vida
deseada y alegre despedida.
- PUBLIO.** Que á los verdugos sin piedad te arroja,
que de los brazos de mi amor te arranca.
;Injusto Dios por quien de sangre roja
teñirse veo tu garganta blanca,
y á quien no impide mi mortal congoja,
ni el llanto que en mis párpados se estanca,
que cuanto en tí esperé no me destruya
solo porque mi fé no es la fé tuya!
- SOFRONIA.** No, Publio: ;Dios, que nuestro amor ampara,
que guarda nuestro honor ileso y puro;
Dios, cuya gloria mi baldon repara;
Dios, que me arranca del tirano impuro;
Dios, que en pós de la muerte me prepara
reino mas duradero y mas seguro;
Dios, en quien busco en la afliccion asilo
con fé sincera y corazón tranquilo!
Ese es mi Dios, ;oh Publio! no esa impía
creencia terrenal de oro y placeres
que de nada nos vale en este dia.
- PUBLIO.** Grande es el Dios por quien tan grande mueres,
muy grande es ese Dios, Sofronia mia,
que á los niños inspira y las mugeres
ese valor insigne que me espanta.
- SOFRONIA.** Publio, el cielo es alfombra de su planta.
No hay á sus ojos sombras ni misterios,
nada pueden contra él nuestros tiranos;
su soplo pulveriza los imperios.
Publio, ese es Dios: el Dios de los Cristianos.
- PUBLIO.** Pues bien, Sofronia, acato su grandeza,
su magestad conozco y fortaleza:
mas no querrá ese Dios, es imposible
que quiera que te espongas vanamente

del tirano á la cólera terrible.
 Ven; justo es que antes libertarte intente
 por cuantos medios procurarme pueda:
 ven; si á tu salvacion no hallo camino
 el muro santo de tu fé te queda,
 cumple, Sofronia mia, tu destino.

SOFRONIA. Pronto se cumplirá: mira.

(Sofronia señala al fondo, hácia donde Publio se vuelve retrocediendo espantado.)

ESCENA ÚLTIMA.

EL EMPERADOR aparece acercándose por el fondo de los jardines, precedido de los lictores, acompañado de SILANO, y seguido de esclavos con hachones y soldados pretorianos que se colocan detras de la balaustrada de piedra que divide el pórtico de los jardines, y repartidos en vistoso grupo. El Emperador viene con su vestidura imperial y con todas las insignias de su poder, y avanza solo hasta el primer término del escenario, quedando Silano en el fondo delante de la balaustrada.

PUBLIO. (Viéndole cuando Sofronia le señala.)
 ¡Majencio!

EMPER. (A Silano.)
 Hélos allí á los dos: razon tenias.

PUBLIO. Hénos, tigre feroz.

SOFRONIA. ¡Publio, silencio!

no provoques audaz sus tiranías.

EMPER. (Bajando ya á la escena.)

Tú entre tanto, Silano, en Roma entera
 desploma sin piedad mi saña fiera.

Perezcan de una vez esos villanos,
 honda sed de su sangre me devora.

¡Me provocan! pues bien, desde la aurora
 que espongan en el circo á los Cristianos,
 abra sus fiestas con su sangre Flora,
 y espectáculo den á los Romanos.

(A Publio con ira.)

¿Aquí estas tú, Prefecto? ¿Es este acaso
 el lugar que te dí?

- SOFRONIA. Perdon, Augusto.
- EMPER. Para nadie le habrá: un solo paso
os resta nada mas, cumplir mi gusto.
Rinde tu orgullo, ó al lucir el dia
víctimas de mi ley, justa ó tirana,
él cadáver será, tú esposa mia.
- SOFRONIA. No, Emperador: tu misma tiranía
me arranca á tu poder. Yo soy Cristiana.
- EMPER. ; Tú Cristiana tambien !
- PUBLIO. (*A los pies del Emperador.*)
Perdon, Augusto;
miente. No mas porque tu amor rehusa,
del falso crimen de impiedad se acusa.
Miente, miente, señor.
- SOFRONIA. Pavor ni susto
la muerte no me da: mi audacia escusa,
Publio: Cristiana soy: que muera es justo.
- PUBLIO. Por los años, señor, que os he servido
y lides que por vos he peleado
su falsa acusacion dad al olvido:
no es Cristiana, señor, os ha engañado.
Vuestra es, señor, salvadla, y vuestra ira
cébese solo en mí, no en su mentira.
- EMPER. Me atosiga la cólera.
- SOFRONIA. (*Al pueblo y soldados.*)
Romanos,
noble soy: y de Roma ciudadana,
no puedo esclava ser: mas soy Cristiana,
y me cumple morir con mis hermanos.
Esa es la ley.
- EL PUEBLO Y LOS SOLDADOS. ; Sí, sí, muera !
- EMPER. En buen hora,
muera: gusto os daré: mas oye cómo.
(*A Publio.*)
Yo la espondré en mitad del hipodromo,
y escarnio de la turba mofadora
su desnudez será: su vista impura
hojará su nobleza y su hermosura.
- PUBLIO. ; Deshonor tan infame !
- EMPER. Sí; y tú atado
en medio de la arena bajo un yugo
su vergüenza verás.

PUBLIO.

Antes, malvado,
sea mi propio brazo su verdugo.
(*La hiere con su puñal.*)

EMPER.

; Villano!

SOFRONIA.

(Cayendo.) Publio, bien.

(Al Emperador.)

Nada tu encono
puede ya contra mí: con honra muero.

(A Publio.)

Publio, recibe tú mi á Dios postrero.

(Al Emperador, y haciendo el último esfuerzo.)

Augusto Emperador, yo te perdono.

EMPER.

; Qué has hecho, miserable! me horrorizas.
; Quitádmelo de aquí! Llevadle al fuego,
y esparcid por el viento sus cenizas.

PUBLIO.

Yo me espanto tambien; llevadme luego.
Impulso fué del corazon pagano,
mas fué el impulso de su misma estrella
que me arrastra á mi bien. Pueblo romano,
queiro partir mi eternidad con ella.
Yo á las fieras tambien... *Yo soy Cristiano.*

